Flora Tristán

De “Peregrinaciones de una paria”

8. Arequipa

Me encontraba en la casa donde había nacido mi padre. Casa a la cual mis sueños de infancia me habían transportado tan a menudo, que el presentimiento de verla algún día se había arraigado en mi alma sin abandonarla jamás. Este presentimiento provenía del amor idólatra con que había amado a mi padre, amor que conserva su imagen viva en mi pensamiento.

Cuando la negrita se durmió, cedí al impulso de examinar las dos salas abovedadas donde estaba alojada. ¿Quizá mi padre ha vivido aquí?, me decía, y esta idea prestaba todo el encanto del techo paternal a lugares cuyo aspecto sombrío y frío desde la entrada, helaba el corazón. El mobiliario de la primera pieza se componía de una gran cómoda de encina, que debía haber seguido de cerca la expedición de Pizarro al Perú y databa por su forma del reinado de Fernando e Isabel; de una mesa y sillas más modernas, en el estilo que el duque de Anjou, Felipe V, introdujo en España; y, en fin, de una gran alfombra inglesa que cubría casi toda la habitación. Las paredes estaban blanqueadas con cal y tapizadas con mapas geográficos. Esta sala, de 25 pies de largo por 20 de ancho, solo recibía luz por medio de una ventana pequeña de cuatro vidrios abierta en lo alto. La segunda pieza estaba separada de la primera por una división que no subía hasta la bóveda y no estaba alumbrada directamente. Mucho más pequeña que la otra, su mobiliario consistía en una pequeña cama de fierro guarnecida de cortinas de muselina blanca, una mesa de encina, cuatro sillas viejas y en el suelo un viejo gobelino. El sol no entraba jamás en esta inmensa alcoba parecida por su forma, su atmósfera y su obscuridad, a un sótano. El examen del sitio que mi familia me daba como alojamiento causó en mi alma una profunda impresión de tristeza.

La avaricia de mi tío y todo cuanto había temido, se presentaba a mi pensamiento. Es fácil juzgar al dueño de casa por la manera de proceder de quienes lo representan. Si doña Carmen me daba tal aposento en ausencia de mi tío era porque estaba muy segura de que él mismo no me habría destinado otro mejor. A fin de no dejarme duda alguna a este respecto, me había dicho al conducirme que este departamento, aunque poco conveniente, era el único disponible en la casa para recibir a los parientes y amigos. Este rasgo pintaba a mi tío. Jefe de una numerosa familia, relacionado por sus altas funciones y su mérito personal con todo cuanto el país encerraba de más distinguido, don Pío gozaba de una fortuna colosal; pero no podía ofrecer por alojamiento a sus amigos y parientes sino una fría cueva, en la que se necesitaba luz para leer en pleno día. Esta idea me hacía sonrojar de vergüenza. ¡Y qué!, exclamaba involuntariamente ¿es mi destino estar aliada a personas cuya alma dura es inaccesible a los sentimientos elevados? Enseguida pensaba en mi abuela, ¡tan noble en todo, tan caritativa!, en mi pobre padre que había sido tan generoso, en el buen Manuel, en su excelente madre y sentía un dulce consuelo al ver en esta familia a algunos individuos a quienes podía reconocer como parientes. Mis reflexiones me agitaron de tal modo que era casi de día cuando quedé dormida.

A la mañana siguiente mi prima me dijo que las principales personas de la ciudad vendrían a visitarme como es la costumbre y que sería conveniente estar temprano en el salón. Triste y doliente, no estaba dispuesta a recibir a toda aquella gente y, a decir verdad, una razón de coquetería fue el motivo determinante de mi negativa. Durante la travesía del desierto el ardor del sol, el polvo y la acritud del viento que soplaba del mar me había tostado la cara y las manos. La pomada que la bondadosa señora Nájar me había dado comenzaba a disminuir la rojez y a ponerme la piel en su estado natural y deseaba esperar cuatro o cinco días más antes de presentarme. Los dos primeros días se aceptó mi excusa de indisposición, pero el tercero causó rumor en la ciudad y M. Durand, que conocía muy bien el espíritu de los arequipeños, me aconsejó que me presentara si no quería exponerme a enajenarme la benevolencia que los habitantes me demostraban.

Así son los pueblos en su infancia: su hospitalidad tiene algo de tiránico. En Islay hube de quedarme en el baile, rendida de fatiga, hasta las doce de la noche. En Arequipa, a pesar de mis sufrimientos en

el viaje y el dolor que sentía por la muerte de mi abuela, me era preciso recibir a toda la ciudad el tercer día después de mi llegada.
Se me hizo con todo apuro un traje negro. Me presenté en el vasto salón de mi tío cubierta con ropas de duelo como toda mi familia y la tristeza de mi alma sobrepasaba la de mis vestidos.
Es costumbre en el Perú, entre las mujeres de la alta clase social, que cuando llegan a una ciudad en la que son extranjeras permanezcan en la casa sin salir durante todo el primer mes a fin de esperar las visitas. Trascurrido ese tiempo salen para corresponder a su vez las que han recibido. Mi prima Carmen, estricta en estas reglas de etiqueta, me dio instrucciones exactas sobre ellas creyendo que les prestaría igual importancia y que me conformaría a ellas sin omitir detalle alguno. Pero en esta circunstancia el yugo de la costumbre me pareció demasiado pesado y decidí liberarme. Mi prima, a quien no le agradaba más que a mí recibir visitas, aplaudió la forma oportuna con que me eximía de ellas, aunque no se sentía capaz de semejante atrevimiento. Antes de proseguir mi relato es necesario que haga conocer al lector a mi prima doña Carmen.
Con pesar me veo obligada a decir, para ser fiel a la verdad, que mi pobre prima Carmen Piérola de Flores es de una fealdad rayana en la deformidad. Víctima de la viruela, esta espantosa enfermedad ha hecho en ella sus más crueles estragos. Podía entonces tener 38 o 40 años.
Pero Dios no ha querido que sus criaturas peor dotadas estén por completo desprovistas de encantos. Mi prima tenía los pies más lindos, no solo de Arequipa, sino quizá de todo el Perú. Su pie es una miniatura, un amor de pie, el ideal soñado que aún me complazco en recordar. Un pie de solo seis pulgadas de largo, de ancho proporcionado, de forma perfecta, con el empeine levantado, la pierna fina y lo que es más extraordinario, vista la extrema flacura de doña Carmen, su pie y su pierna son llenos y torneados. Este lindo pie lleno de gracia y de personalidad está siempre calzado con magníficas medias de seda rosa, gris o blancas y con un elegante zapato de raso de cualquier color.
Doña Carmen usa los vestidos muy cortos y tiene razón. Sus pies son admirables para esconder esa pequeña obra maestra de la naturaleza. Es muy elegante, se arregla con gusto, pero con todo, su modo de vestir es el de una persona más joven de lo que su edad permite.
Mi prima es de un carácter muy singular. No ha recibido educación, pero la ha adquirido por sí misma y comprende con una admirable inteligencia. La pobre mujer perdió a su madre en la infancia y desde entonces la desgracia comenzó para ella. Educada por una tía dura y soberbia, su vida fue tan miserable que deseando sustraerse a ese yugo y sin tener más alternativa que el matrimonio o el claustro, por el que no sentía ninguna vocación, decidió casarse con el hijo de una hermana de mi padre. Este había pedido su mano atraída por el cebo de una rica dote. Mi primo era un hombre muy guapo, muy amable, pero jugador y libertino que despilfarró su fortuna y la de su esposa en desórdenes de toda especie. Doña Carmen, orgullosa y arrogante, hubo de sufrir todas las torturas imaginables durante los diez años que duró esta unión. Quería a su marido, a este hombre que no vivía sino para los sentidos, que rechazaba su amor con brutalidad, que la humillaba con su conducta y la ultrajaba con las explicaciones que le daba. En muchas ocasiones la dejó para vivir públicamente con amantes.
Esas mujeres pasaban bajo las ventanas de doña Carmen, la miraban con cinismo y reían burlonamente del insulto. Cuando en los primeros tiempos del matrimonio la joven esposa trató de hacer escuchar algunas quejas, ya sea en la familia de su marido o a amigos comunes, se le respondió que debía estimarse feliz con tener a un hombre tan guapo por marido y que debía soportar su conducta sin quejarse. Esas personas encontraban en la fealdad de la mujer y en la hermosura del marido razones suficientes para justificar la expoliación de su fortuna y los continuos ultrajes de que era víctima aquella desgraciada. Tal es la moral que resulta de la indisolubilidad del matrimonio. Después, no sé por qué horrible disposición de espíritu, ocurre que hay hombres más crueles que la naturaleza quienes creen que todo se les está permitido en contra de los seres deformes a los que prodigan sarcasmos e insultos. Su conducta es tan impía como malvada e insensata. Los defectos, cuya corrección está en nuestro poder, deben ser los únicos objetos del ridículo. No hay monstruos a los ojos de Dios. El árbol derecho y el árbol torcido tienen su razón de ser. Esopo, así como Alcibíades fueron dotados por la Providencia de las formas más convenientes al destino que les estaba reservado.

Censurar la obra del Creador es poner a nuestra inteligencia por encima de la suya. El hombre en demencia, que al aspecto de la sociedad lanza una risa convulsiva, es menos insensato que el individuo que ve, en la configuración de una planta, de un hombre o de un ser cualquiera salido de las manos de Dios, un objeto de burla y de ultraje.

Después de esta infructuosa tentativa doña Carmen no profirió nuevas quejas, no dejó oír una murmuración y exagerando la perversidad humana, expulsó desde entonces todo afecto de su corazón para no dejar más que sentimientos de desprecio y de odio. Mi prima con el fin de aturdirse se consagró al mundo. Y aunque privada de fortuna y de belleza, su espíritu atraía siempre a su alrededor a un círculo de adoradores. Doña Carmen tenía demasiado discernimiento para no comprender la causa de las adulaciones que le estaban dirigidas y aprendió así, en el curso de sus coqueterías, a conocer el corazón humano. Mientras más avanzaba en este conocimiento aumentaba más su desprecio por la raza humana. Si mi prima hubiese tenido el menor sentimiento religioso, en lugar de espiar los vicios de los hombres con el objeto de alimentar su odio, debería haber tratado de descubrir sus inclinaciones al bien y de esforzarse en hacerlos mejores. Pero Dios no entraba en sus pensamientos, tenía necesidad de la sociedad de esos mismos hombres a quienes despreciaba y les prodigaba lisonjas para a su vez ser lisonjeada.

Al cabo de diez años de matrimonio su marido, que entonces tenía treinta, volvió donde ella. Había disipado toda la fortuna que ambos poseían, se había endeudado en todas partes y era presa de una horrible enfermedad que ningún médico pudo conocer. Mientras había tenido dinero, las cortesanas y hasta las hermosas señoras se habían disputado a este guapo mozo. Mas cuando no le quedó ni un peso, aquellas mujeres desvergonzadas lo rechazaron con desprecio, le dirigieron risas burlonas y censuraron en altavoz su conducta. El infortunado pudo entonces apreciar los seres inmundos a quienes había prodigado sus riquezas. Sin recursos y abandonado por todos regresó por instinto donde la mujer a quien había humillado y abandonado a pedirle asilo. Ella lo recibió, no con cariño, pues ese sentimiento no podía ya renacer en su corazón, sino con aquel secreto placer que sienten las personas de su carácter, de ejercer una noble venganza que exalta su superioridad. El desgraciado pagó caro los desórdenes de su vida. Estuvo en cama dieciséis meses sufriendo las más crueles torturas. Durante ese tiempo su esposa no lo dejó un instante. Fue a la vez su enfermera, su médico, su sacerdote. Había hecho colocar un sofá cerca del lecho de dolor, de noche y de día estaba allí, pronta a asistirlo en todo. ¡Qué espectáculo para ella! ¡Qué aversión y desprecio abrigaba hacia la especie humana! Veía morir en la flor de la edad a ese joven a quien había amado, pero en estado de decrepitud, pues hasta ese punto lo había envejecido el libertinaje.

Y lo veía morir con cobardía. En esta circunstancia, doña Carmen mostró una fuerza de carácter no desmentida una sola vez. Sufrió con una paciencia admirable los caprichos, las repulsas y los accesos de desesperación del moribundo. Esta larga enfermedad agotó los últimos recursos de mi desgraciada prima. Después de la muerte de su marido quedó reducida a vivir de nuevo donde su tía junto con su hija, único vástago que había tenido.

Desde entonces su vida fue un suplicio de todo momento. Sin fortuna deseaba siempre vivir en sociedad, mantener un rango y se veía sin cesar obligada a recurrir a una tía dura y avara. La pobre Carmen apenas tenía con qué hacer frente a sus necesidades, aunque presentaba las apariencias del lujo. Cuando llegué a Arequipa hacía doce años que era viuda y doce años que vegetaba, ocultando su miseria real bajo las apariencias de la opulencia. Cada año pasaba seis meses donde su tía en un ingenio azucarero situado en Camaná cerca del de mi tío Pío. A ella no le agradaba vivir en el campo al que la necesidad la obligaba a ir; en la época de mi llegada una causa inesperada la había retenido en la ciudad, por primera vez. Vimos ella y yo en esta circunstancia el dedo de la Providencia, pues si por una ocurrencia fortuita mi prima no hubiese estado en Arequipa no habría yo encontrado a nadie para recibirme en casa de mi tío.

Si en un principio la sequedad y la fealdad de mi pobre pariente produjeron sobre mí un efecto desagradable, muy pronto descubrí en el fondo de aquella alma un género de nobleza y de superioridad que me inspiró simpatía. Desde mi llegada mi prima me demostró mucho afecto, tuvo para mí todas las atenciones imaginables y se ofreció ser mi maestra de idiomas. Gracias a ella pude

aprender el español en poco tiempo. Tenía una paciencia admirable para enseñarme y corregirme cuando me equivocaba. Su casa estaba situada frente a la de mi tío, de manera que siempre estábamos la una donde la otra. Por la mañana ella me enviaba el desayuno y a las tres iba yo a comer donde ella.

Siempre doña Carmen tenía la atención de invitar a algunos amigos a fin de que tuviese compañía para distraerme, pero prefería estar a solas con ella porque encontraba sin cesar en su conversación la manera de instruirme sobre las personas y las cosas del lugar.

Desde la mañana siguiente a mi llegada a Arequipa había escrito a mi tío que estaba en su casa porque mi salud no me permitía ir a buscarlo a Camaná y que esperaba su regreso con la más viva impaciencia. Transcurrieron quince días sin respuesta de don Pío. Estaba inquieta y mi prima otro tanto. Temía a mi tío y se imaginaba que su silencio podía indicar la desaprobación de la conducta que había observado conmigo. La manera de proceder de mi tío respecto a mí renovaba la agitación producida por mi llegada entre sus amigos y enemigos. Los unos decían que tenía miedo de mí; los otros pensaban que maquinaba alguna mala pasada, alguna trampa para cogerme.

Los alarmistas llegaban hasta a decir que podría hacerme detener. Mi cuarto estaba lleno desde la mañana hasta la noche con estos oficiosos amigos quienes venían a comunicarnos sus temores, sus consejos o sus extravagantes proyectos. Escribí carta sobre carta. Mi prima, la señorita de Goyeneche y otras personas escribieron también.

Don Pío no daba ninguna respuesta. Estaba en aquel momento en completo descrédito; esta circunstancia, feliz para mí, ponía de mi parte a todo el mundo. Por fin, el vigésimo primer día después de mi llegada, todos recibieron una contestación y todas aquellas misivas estaban escritas con tanto arte que el ilustre Talleyrand hubiese podido reivindicar el mérito de haber concebido estas obras de arte en diplomacia. Mi tío estaba hecho para ser primer ministro de una monarquía absoluta. En los tiempos difíciles habría dejado muy lejos, tras de sí, por la superioridad de su talento, a los hombres de estado más notables. Los Nesselrod y los Metternich palidecían a su lado. Él se quejaba también a menudo del destino que le reducía a intrigar sordamente, para llegar a la dirección de los negocios de una miserable republiquita, cuando se sentía con las dotes necesarias para dirigir los de una gran monarquía. Me decía a veces: “Si solo tuviese 40 o 50 años me iría inmediatamente a Madrid y en solo dos meses podría destronar a los grandes dirigentes de San Ildefonso, en tal forma, que tendría todos los resortes del gobierno entre mis manos”.

Esta primera carta de mi tío tuvo el resultado que probablemente esperaba. Me demostraba tanta benevolencia, recordaba con tanta gratitud los servicios que mi padre le había hecho que creí su corazón abierto a todo mi afecto y que podía contar con su justicia. Era necesario ser tan ignorante del mundo como yo lo era para dejarme engañar por las hermosas palabras de don Pío. ¡Ay! Tenía necesidad de cariño, creía en la probidad, en el agradecimiento y si por instantes me venían ideas de desconfianza contra mi tío las rechazaba con todas mis fuerzas obstinándome en no ver el mal que me decían de él. Toda su correspondencia durante los tres meses de espera conservó el mismo tono afectuoso, bondadoso y leal. Al fin comprendí que me engañaba. Sus acciones no tenían relación alguna con sus cartas y esa contradicción me hizo descubrir aquello que se tomaba tanto trabajo en ocultar. La correspondencia con los otros miembros de la familia era muy amable y, según creo, un poco más franca.

Mientras permanecí sola en casa de mi tío no tuve tiempo de aburrirme.

Estaba siempre ocupada en recibir o en hacer visitas, en escribir o ver todo cuanto había de curioso en el lugar de modo que el tiempo transcurría muy rápidamente.

Había llegado a Arequipa el 13 de septiembre. El 18 del mismo mes sentí por primera vez en mi vida un temblor. Fue aquel tan famoso por sus desastres que destruyó por completo Tacna y Arica. La primera sacudida tuvo lugar a las seis de la mañana: duró dos minutos.

Me desperté sobresaltada y casi fui arrojada fuera de mi lecho.

Creía estar todavía a bordo, mecida por las olas y no tuve miedo. Pero enseguida la negra se levantó gritando: “Señora, ¡temblor, temblor!”. Abrió la puerta y salió al patio donde me precipité tras de ella, echándome el peinador sobre los hombros. Los movimientos eran tan violentos que nos vimos

obligadas a echarnos al suelo para no caer. El más valiente hubiese tenido miedo al sentir agitarse así la tierra y ver la oscilación de las casas. Todos los esclavos estaban en el patio de rodillas, rezando, petrificados y como resignados a morir.
Regresé a acostarme. Mi prima vino enseguida. El terror había trastornado su rostro. ¡Ah, Florita!, me dijo, ¡qué horrible terremoto! Estoy segura de que una parte de la ciudad se ha derrumbado. Un día voy a quedar sepultada bajo las ruinas de mi vieja casa. Y a usted, mi querida amiga, que no está acostumbrada a semejantes convulsiones, ¿qué efecto le ha producido?
—Prima, creía estar todavía en un navío. Es así como se siente el movimiento de las olas y no he tenido miedo sino cuando me encontré en el patio y vi inclinarse las casas sobre mí, estremecerse el piso y el cielo vacilar como cuando uno está en el mar. Entonces comprendí todo el horror que se apodera del corazón humano en presencia de una plaga que le hace sentir tan profundamente su impotencia. ¿Son frecuentes estos temblores en el país?
—Hay a veces tres o cuatro en el mismo día. Es raro que pase una semana sin que se sienta uno más o menos fuerte. Debemos esto a la vecindad del volcán.
Doña Carmen se quedó conversando conmigo. Sentada, sobre mi cama, fumaba sus cigarrillos y me refería todas las desgracias innumerables que en diferentes ocasiones los temblores habían causado en la región. Como a las siete se dejó sentir un ruido sordo que parecía venir de las entrañas de la tierra: ¡era su voz! Mi prima lanzó un grito de espanto y se precipitó fuera de la habitación. En aquel momento, tenía yo los ojos fijos en una grieta bastante pequeña que había en el centro de la bóveda. Esta grieta se entreabrió de repente y las enormes piedras se dislocaron. Creí que toda esa masa iba a desplomarse sobre mi cabeza y hui espantada. Esta sacudida fue menos fuerte que la primera. Regresamos de nuevo y angustiada me acosté. Confieso que estaba trastornada. Mi prima se sentó cerca de mí. La expresión de su rostro me dio miedo.
—¡Execrable país!, exclamó con un acento de furor contenido ¡y pensar que estoy condenada a quedarme en él!
—Prima, si le parece tan execrable ¿por qué se queda usted?
—¿Por qué, Florita? Por orden de la más dura de las leyes, la de la necesidad. Todo ser privado de fortuna depende de otro, es esclavo y debe vivir donde su amo lo ate.
Y mi prima rechinó los dientes con un movimiento de rebeldía, el cual me probó que no estaba organizada para la esclavitud.
La miré y le dije con un sentimiento de superioridad cuya expresión no pude reprimir:
—Prima, tengo menos fortuna que usted. ¡He querido venir a Arequipa y aquí estoy!
—¿Y qué deduce usted de esto?, me preguntó con un movimiento de envidia.
—Que la libertad no existe realmente sino en la voluntad. Quienes han recibido de Dios esta voluntad fuerte que hace sobreponerse a todos los obstáculos son libres. Mientras que aquellos cuyo débil deseo se cansa o cede ante las contrariedades, son esclavos y lo serían aun si la caprichosa fortuna les colocase sobre un trono.
Mi prima no supo qué responder. Sentía instintivamente que tenía razón. Sin embargo, no podía explicarse qué era lo que me daba fuerza para sostener semejante lenguaje. Me contempló largo rato en silencio, soplando el humo de su cigarro en forma de plumillas y dibujos fantásticos que yo seguía maquinalmente con los ojos. De repente se incorporó bruscamente y dijo con mal humor:
—Que Dios me perdone, Florita, usted también me da miedo. ¿Dónde iré a refugiarme? No me atrevo a entrar en mi casa por temor de que se me caiga sobre la cabeza y, por la Santísima Virgen, no me atrevo a quedarme sentada junto a usted y oírla pronunciar, con aire tranquilo, las palabras que harían temblar a un monje y la harían tomar por loca...
—¿De veras, querida prima? ¡Ah! No tenga miedo, venga a sentarse aquí bien cerca de mí para poder esconderme bajo su mantilla y dígame ¿por qué me toma usted por loca?
—Pero, querida Florita, usted pretende que basta una voluntad firme para ser libre. Y es usted, débil mujer, esclava de las leyes, de los prejuicios, sujeta a mil sufrimientos, con una debilidad física que la hace incapaz de luchar contra el menor obstáculo ¿es usted quien se atreve a avanzar semejante paradoja? ¡Ay, Florita! Se ve que usted no ha estado dominada por una familia altanera y poderosa,

ni expuesta a la negra maldad de los hombres. Soltera, sin familia, usted ha sido libre en todas sus acciones, dueña absoluta de sí misma. Sin estar sujeta a ningún deber, no tenía obligaciones para con el mundo y la calumnia no podía alcanzarla. Florita, hay pocas mujeres en su feliz posición. Casi todas, casadas muy jóvenes, han tenido sus facultades marchitas, alteradas por la opresión más o menos fuerte que sus amos han hecho pesar sobre ellas. Usted no sabe cuántos de estos penosos sufrimientos está uno obligada a ocultar a los ojos del mundo, a disimular aun en el interior y cómo paralizan y debilitan la moral del ser más felizmente dotado. Al menos, tales son los efectos que aquellos sufrimientos producen sobre nosotras, pobres mujeres, poco avanzadas en civilización. ¿Será de otro modo entre las mujeres de Europa?

—Prima, hay sufrimientos en donde hay opresión y opresión donde el poder de ejercitarla existe. En Europa, como aquí, las mujeres están sometidas a los hombres y tienen que sufrir aún más su tiranía. Pero en Europa se encuentran, más que acá, mujeres a quienes Dios ha concedido suficientes fuerzas para sustraerse al yugo.

Al decir estas palabras arrastrada por el sentimiento que me inspiraba, el tono de mi voz y la expresión de mi mirada excitaron la sorpresa de mi prima.

—Por esta vez, Florita, la admiro, ¡está usted soberbia así! En mi vida he visto una criatura que exprese sus sentimientos con tanto calor. Es usted muy buena en irritarse así por la suerte de las mujeres. Son en efecto muy desgraciadas y, sin embargo, querida amiga, no puede usted juzgar de ello sino imperfectamente. Para tener una idea justa del abismo de dolor en que está condenada a vivir, hay que estar o haber estado casada. ¡Oh, Florita! El matrimonio es el único infierno que reconozco.

Como me sentía enrojecer por la indignación que esta conversación despertaba en mi alma, oculté la cara en una de las puntas de la mantilla de doña Carmen. Y mientras ella continuaba solo estaba atenta para calmarme.

Esta primera conversación me bastó para adivinar todo lo que esta mujer había tenido que sufrir durante la vida de mi primo. Las mujeres de acá, pensaba, son por el matrimonio tan desgraciadas como en Francia. Encuentran igualmente la opresión en ese lazo y la inteligencia con que Dios las ha dotado queda inerte y estéril.

La mañana del temblor recibí una multitud de visitas. Todos esos buenos arequipeños estaban curiosos por conocer la impresión que había producido sobre mí. Muchos de ellos parecían decirme con su aire: ustedes no tienen esas cosas tan bonitas en Francia.

Ese temblor destruyó por completo la ciudad de Tacna, situada en la costa. Todas las casas quedaron derrumbadas. La iglesia, terminada recientemente y abierta al público desde hacía quince días se desplomó. Dieciocho personas perecieron y veinticinco fueron heridas gravemente. La ciudad de Arica sufrió casi lo mismo.

La comarca de Sama, los departamentos de Moquegua y de Tarata fueron devastados. En Locumba la tierra se entreabrió y tragó casas íntegras. En todos estos lugares muchas personas murieron o estuvieron heridas de más o menos gravedad. Arequipa sufrió poco. Las casas de esta ciudad estaban tan sólidamente edificadas, que para derribarlas se necesitaría un temblor que deshiciese todo el Perú. Esta sacudida se dejó sentir igualmente en Lima y en Valparaíso, pero muy amortiguada y no causó ningún desastre. Hay que haber habitado los países donde son frecuentes estos temblores para tener una idea justa del terror que inspiran y de las desgracias que ocasionan; cuando estas espantosas convulsiones remueven la tierra en todo sentido la hacen ondular como las olas o la entreabren como abismos.

El 24 de septiembre, para festejar a Nuestra Señora, una gran procesión recorrió la ciudad, una de aquellas procesiones en las que el clero del país despliega más ostentación. Son las únicas diversiones del pueblo. Las fiestas de la Iglesia peruana dan una idea de lo que debían ser las Bacanales y las Saturnales del paganismo. La religión católica, desde los tiempos de la más profunda ignorancia, no ha expuesto nunca a toda luz tan indecentes bufonadas ni desfiles más escandalosamente impíos. A la cabeza de la procesión marchaban las bandas de músicos y de bailarines, todos disfrazados. Algunos negros y zambos se alquilan por un real al día para representar un papel en esta farsa

religiosa. La Iglesia los disfraza con las vestimentas más burlescas. Los viste de pierrot, de arlequines, de tontos o de otros caracteres del mismo género y les da para cubrirse la cara malas máscaras de todos colores. Los cuarenta o cincuenta bailarines hacían gestos y contorsiones de una cínica desvergüenza y molestaban a las negras y a las muchachas de color formadas en fila dirigiéndoles toda clase de frases obscenas. Estas, mezclándose en la broma, intentaban por su lado reconocer a las máscaras. Era una confusión grotesca donde se oían gritos y risas convulsas y aparté los ojos con disgusto. Después de los bailarines aparecía la Virgen vestida con magnificencia. Su traje de terciopelo estaba guarnecido de perlas. Tenía diamantes sobre la cabeza, en el cuello y en las manos. Veinte o treinta negros cargaban esta imagen, detrás de la cual iba el obispo seguido de todo el clero. Enseguida venían los religiosos de todos los conventos, reunidos aquel día para ir juntos en el santo paseo. Las autoridades terminaban la fila oficial, a la que seguía sin ningún orden la masa del pueblo que reía, gritaba y creía estar nada menos que en oración.

Estas fiestas y la magnificencia que las caracteriza hacen la felicidad de los habitantes del Perú. Dudo que sea posible espiritualizar su culto antes de mucho tiempo.

Por la tarde se representó un Misterio al aire libre, en la plaza de las Mercedes. Lamento no haber podido conseguir el manuscrito de ese drama religioso. Si se puede juzgar por lo poco que vi y oí contar, debía ser un modelo en su género. Doña Carmen se volvía loca por cualquier espectáculo y me dejé arrastrar por ella a la representación, pero nos fue imposible acercarnos a la escena.

Los primeros sitios estaban ocupados por las mujeres del pueblo quienes esperaban allí desde la mañana. Las empujamos para tener un rincón desde donde poder ver. Jamás había sido testigo de tanto entusiasmo. Con la ayuda de los señores que nos acompañaban logré subir sobre un poste y desde mi pedestal vi con comodidad el magnífico cuadro que la plaza ofrecía. Se había levantado sobre el pórtico de la iglesia una especie de teatro por medio de tablas colocadas sobre toneles. Algunos decorados, sacados del teatro de la ciudad, formaban la escena que debía estar alumbrada por cuatro o cinco quinqués, pero los rayos argentados de la luna suplían la economía de los empresarios y en el hermoso cielo de Arequipa la luna esparcía brillantes claridades.

Era una cosa nueva para mí, hija del siglo XIX, recién llegada de París, la representación de un Misterio bajo el pórtico de una iglesia en presencia de una inmensa multitud de pueblo. Pero el espectáculo más lleno de enseñanzas era la brutalidad, los vestidos groseros y los harapos de ese mismo pueblo cuya extrema ignorancia y estúpida superstición retrotraían la imaginación a la Edad Media. Todas esas caras blancas, negras o cobrizas expresaban una ferocidad salvaje y un fanatismo exaltado. El Misterio se parecía mucho (no diré nada de las bellezas del diálogo, pues las palabras llegaban imperfectamente a mis oídos) a los que se representaban con gran pompa en el siglo XV, en la sala del Palacio de Justicia de París para edificación del pueblo, representación a la cual nos hace asistir Víctor Hugo en su Nuestra Señora.

Con ayuda de algunas palabras cogidas al vuelo, de algunas explicaciones que me fueron dadas por los iniciados en los bastidores y, en fin, por la pantomima de los actores, logré comprender el argumento. Los cristianos van a la tierra del Islam a combatir a los turcos y sarracenos a fin de atraerlos a la verdadera fe. Los musulmanes se defienden con obstinación. Tienen a su favor la ventaja del número. Los cristianos hacen la señal de la cruz, pero a pesar de todo están a punto de sucumbir cuando la Virgen Nuestra Señora, dando el brazo a San José y acompañada de un gran séquito de niñas, llega junto al ejército cristiano. Esta celeste aparición reanima su entusiasmo. Se precipitan enseguida sobre los musulmanes gritando: ¡Milagro! ¡Milagro! La ocasión es propicia, pues estos, petrificados, parecen haber olvidado el uso de sus armas y su admiración es motivada por la vista de esa multitud de bonitas muchachas de todos los matices de colores que se mezclan con los soldados y que llevan la cabeza ceñida por una aureola de papel amarillo. Los musulmanes temen herir a estas huríes del paraíso y hay, me parece, deslealtad por parte de los cristianos en aprovechar de esta circunstancia para caerles encima. En suma, el sultán y el emperador de los sarracenos son derrotados y despojados, con ultraje, de las insignias de su dignidad. En aquel estado de miseria prefieren ser reyes cristianos que monarcas destronados, imploran la misericordia de la Virgen Nuestra Señora y se hacen bautizar, así como todos los soldados. Creí comprender que la gloria de esta conversión en

masa correspondía más a las compañeras de la Virgen que a los soldados de su hijo. Sea lo que fuere, la Virgen parece encantada con esta conversión general. Hace muchas cortesías al sultán y al emperador; nombra al primero patriarca de Constantinopla y al segundo arcipreste de Mauritania, conservándoles su poder temporal. Uno y otro juran sobre el crucifijo, que traen sobre una fuente de plata, hacer pagar anualmente el diezmo al clero católico en sus vastos estados y el dinero de San Pedro al Papa de Roma. A una señal dada por la Santísima Virgen, el coro de jóvenes entona himnos y cánticos a los que responden, a voz en cuello, los soldados turcos, cristianos y sarracenos. Enseguida se ponen a zarandear a los judíos que se encuentran en gran número en el ejército musulmán donde han acudido de todas partes para comprar los despojos de los cristianos. Como no quieren convertirse, los cristianos y los nuevos convertidos los golpean, les quitan su dinero, se apoderan de sus vestidos y les dan harapos en cambio. Estas escenas burlescas son muy aplaudidas. Después empiezan de nuevo los cánticos, mientras se quitan al emperador y al sultán sus vestidos impíos y la Virgen les reviste con gran ceremonia con las vestiduras sacerdotales de sus nuevas dignidades. Llega entonces Jesucristo, la Santísima Virgen, San José, San Mateo, los generales cristianos, el emperador de los sarracenos y el sultán. Hay trece cubiertos, y un judío, para aprovechar la comida, se desliza furtivamente en el decimotercer asiento que queda desocupado. Jesús ha partido el pan y ha hecho pasar la copa a los convidados cuando se da cuenta del fraude. Inmediatamente arrojan al judío de su sitio y los soldados lo ahorcan (a lo menos en efigie). Continúa la comida y la atención es cautivada por la acción de Jesucristo que renueva el milagro de las bodas de Cana y cambia el agua en vino de Canarias. En realidad, un negro oculto bajo la mesa sustituye con bastante habilidad un vaso de agua por otro lleno de vino. Durante la comida el coro de vírgenes canta himnos. Es así como termina la representación de la cual, imperfectamente sin duda, acabo de trazar un esbozo.

El pueblo estaba como loco. Aplaudía, saltaba de alegría y gritaba con todas sus fuerzas: ¡Viva Jesucristo! ¡Viva la Santísima Virgen! ¡Viva Nuestro Señor don José! ¡Viva Nuestro Santo Padre el Papa! ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

Con estos medios es como se mantiene en sus prejuicios a los pueblos de América. El clero ha ayudado a la revolución, pero no ha pensado en abandonar el poder y lo conservará por mucho tiempo todavía.

Doña Carmen, cuya pasión por los espectáculos de toda clase era tal que tendría fuerza para ir en la misma tarde a ver crucificar a Jesucristo, representación que se da en las iglesias de América durante la Semana Santa, enseguida al teatro a admirar a las bailarinas de cuerda y después a la pelea de gallos, mi querida prima, aunque miraba desdeñosamente al populacho reunido en la plaza de las Mercedes, no había dejado de sentir una buena parte del placer que la multitud experimentaba al ver maniobrar a la Virgen y a sus soldados. Pero se guardó muy bien de confesarlo. Criticó en alta voz ese adefesio y estuvo, en el fondo, muy contrariada de que yo lo hubiese presenciado.

Los franceses que asistieron con nosotros a la representación del Misterio se contentaron con burlarse y reírse sin impresionarse en otra forma. Por lo que pude ver, fui la única en regresar entristecida de ese espectáculo. Siempre me he interesado vivamente por el bienestar de las sociedades en medio de las cuales el destino me ha transportado y sentía un verdadero pesar por el embrutecimiento de aquel pueblo. Su felicidad, me decía, no ha entrado jamás dentro de las combinaciones de los gobernantes. Si hubiesen querido realmente organizar una república habrían tratado de hacer germinar, por medio de la instrucción, las virtudes cívicas hasta entre las últimas clases de la sociedad. Pero como el poder y no la libertad es el objetivo de esa multitud de intrigantes, que se suceden en la dirección de los negocios públicos, continúan la obra del despotismo y para asegurarse la obediencia del pueblo, a quien explotan, se asocian con los sacerdotes para mantenerlo con todos los prejuicios de la superstición.

Ese país desangrado por veinte años de guerras civiles se halla en un estado deplorable y busca, en vano, en la clase que por su fortuna ocupa el primer rango, la esperanza de un porvenir mejor.

Pero no se encuentra en ella sino la más orgullosa presunción unida a la más profunda ignorancia y un lenguaje de baladronada del que sonríe con piedad el último marinero europeo. Hay sin duda algunas excepciones entre los peruanos, pero estas personas gimen por la situación de su país y en

cuanto lo pueden dejar se apresuran a hacerlo. El verdadero patriotismo y la abnegación no existen en ninguna parte. No será sino por medio de las más grandes calamidades como se hará la educación política y moral de este pueblo. Quizá la miseria, que se acrecienta cada día, hará nacer el amor al trabajo y las virtudes sociales que de él resultan. Quizá también la Providencia suscitará en este pueblo un hombre con brazo de hierro que lo conduzca a la libertad como Bolívar había comenzado a hacerlo.
Todos los domingos era preciso que desde las diez de la mañana estuviese en gran *toilette* en el salón para recibir visitas hasta las tres, momento en que íbamos a la mesa a almorzar y, enseguida, desde las cinco hasta las once de la noche –jamás he tenido tarea más fatigosa–, las señoras venían para lucir sus galas, los hombres por ociosidad y todos tenían en su fisonomía la expresión de un tedio permanente. Como el país no ofrece ningún recurso para alimentar las conversaciones resulta que la charla es siempre fría, afectada y monótona. Están reducidos a murmurar el uno del otro, a hablar de la salud de cada uno o de la temperatura. El fastidio la hace a uno curiosa.
Me fue fácil ver que todos mis visitantes tenían curiosidad por saber el motivo de mi viaje; pero mi carácter cortés y reservado hizo que, a la vez, me observase con mayor cuidado del que me creí capaz. Nadie supo una palabra de mis asuntos, ni aun mi prima, la persona con quien mayor confianza tenía.
[…]

El origen de esta ciudad (Arequipa) es bastante fabuloso. Sin embargo, se lee en una crónica que contiene tradiciones indígenas y que está en el Cuzco, que hacia el siglo XII de nuestra era, Mayta Capac, soberano de la ciudad del Sol fue destronado. Se libró de sus enemigos mediante la fuga y erró por las selvas y por las cimas heladas de la cordillera acompañado de algunos de los suyos. El cuarto día, rendido de fatiga, muriendo de hambre y de sed, se detuvo al pie del volcán. De repente, cediendo a una inspiración divina, Mayta plantó su dardo y exclamó: ¡Arequipa!, palabra que significa: aquí me quedo. Luego, al volverse, vio solo a cinco de sus compañeros que lo habían seguido, pero el Inca confiaba únicamente en la voz de Dios. Persistió y en torno de su dardo, sobre los flancos de un volcán rodeado de desiertos por todos lados, los hombres agruparon sus habitaciones. Así como los conquistadores y como los fundadores de imperios, Mayta no fue sino el ciego instrumento de los secretos designios de la Providencia.
El río y su curso recuerda el Cave de los Pirineos. Su lecho es muy caprichoso, muy ancho en ciertos lugares; pero se estrecha en otros. Casi siempre erizado por enormes piedras o cubierto de guijarros, ofrece a veces una arena suave y unida como para el pie de una niña. El Chili se asemeja a un torrente después de la estación de las lluvias y está casi siempre seco durante el verano. En este valle se cultiva trigo, maíz, cebada, alfalfa y hortalizas. Se ven pocas casas de recreo. En el Perú están todos demasiado ocupados en cualquier clase de intrigas para gustar de la estancia en el campo.
La ciudad ocupa en el valle un vasto recinto. Desde las alturas de Tiabaya parece extenderse sobre uno aún mayor. Desde allí solo una estrecha faja de terreno hace el efecto de separarla del pie de las montañas. Y esa masa de casas blancas, esa multitud de cúpulas resplandecientes al sol en medio de la variedad de los tonos verdes del valle y del gris de las montañas, causan sobre el espectador un efecto que no se creería dado producir a las cosas de este mundo. El viajero que desde Tiabaya contempla Arequipa por primera vez está tentado de imaginar que seres de otra naturaleza esconden allí su misteriosa existencia y que el volcán, cuya gigantesca elevación llena de estupor los sentidos, les protege e impide alcanzarlos.
El volcán de Arequipa es una de las más altas cumbres de la cadena de los Andes. Enteramente aislado, presenta un cono perfecto. La uniformidad de su color gris le da un aire de tristeza. La cima está casi por completo cubierta de nieve y esta nieve, más o menos densa, disminuye desde la salida hasta la puesta del sol. Algunas veces el volcán arroja humo, esto sucede particularmente por la tarde. A veces en ese humo he visto llamas. Cuando ha estado mucho tiempo sin humear se espera un temblor. Las nubes envuelven casi siempre la cima de la montaña, parecen cortarlas y se distinguen perfectamente las zonas matizadas. Esta masa aérea de todos los tonos, posada sobre aquel cono de un solo color, sobre aquel gigante que oculta entre nubes su cabeza amenazadora, es uno de los magníficos espectáculos ofrecidos por la tierra a los ojos del hombre.

Mi primo Althaus ha trepado hasta la cumbre del volcán, ha visitado su cráter y descendido en el abismo hasta la tercera chimenea. Tiene sobre su viaje volcánico notas y dibujos muy curiosos, que siento no tener en mi poder para comunicarlos al lector. Realizó esta ascensión acompañado por diez indios armados de garfios. Solo cinco fueron lo bastante fuertes para seguirlo. Tres quedaron en el camino y dos perecieron al caer. Demoraron tres días en subir hasta la cima y no pudieron permanecer allí sino algunas horas ya que el frío era muy intenso. Las dificultades del descenso superaron con mucho a las de la subida. Todos quedaron heridos, desgarrados. Althaus estuvo a punto de perecer. El volcán (no se le designa por otro nombre) está a 12 mil pies sobre el nivel del mar. Los dos montes vecinos, cubiertos de nieves perpetuas, brillan con mil reflejos bajo los rayos del sol, se hallan a gran distancia de él y son más gigantescos aún. El primero se llama Pichu-pichu, el segundo Chachani y son volcanes completamente extinguidos. La extrema elevación de estas tres montañas aisladas, cuyas bases están igualmente elevadas sobre el nivel del mar, las hace, a la distancia, parecer unidas por la base.

A raíz del descubrimiento, Francisco Pizarro estableció en Arequipa un obispado y una de las sedes del gobierno. Los temblores han causado en esta ciudad espantosos desastres en diversas épocas: los de 1582 y 1600 la destruyeron casi por completo y los de 1687 y 1785 no fueron menos funestos.

Las calles de Arequipa son anchas, cortadas en ángulos rectos y están regularmente pavimentadas. En medio de cada una de ellas corre una acequia. Las principales tienen aceras de gruesas losas blancas. Están todas más o menos bien alumbradas, pues cada propietario está obligado, bajo pena de multa, a poner una linterna delante de su puerta. La gran plaza es espaciosa. La catedral ocupa el lado norte, la municipalidad y la prisión militar están al frente, además casas particulares forman los otros dos lados. A excepción de la catedral, todas estas construcciones tienen arcos. Bajo las galerías se ven las tiendas con diversas mercaderías. Esta plaza sirve para el mercado de la ciudad, para las fiestas, revistas, etc. El puente sobre el Chili está groseramente construido y es poco sólido para resistir en ciertas estaciones al torrente que pasa por debajo.

Arequipa encierra muchos conventos de hombres y de mujeres. Todos tienen iglesias muy hermosas. La catedral es muy vasta, pero oscura, triste y de una arquitectura pesada: Santa Rosa, Santa Catalina y San Francisco se distinguen por la belleza de sus cúpulas, de prodigiosa elevación. En todas las iglesias se ven figuras grotescas de madera y de yeso que personifican los ídolos del catolicismo peruano. Aquí y allá algunos grotescos mamarrachos dan a los santos que representan el aspecto más burlesco que es dable imaginar. La iglesia de los jesuitas es una excepción a este respecto. Es mucho más discreta en la representación de los santos que ofrece a la invocación de los devotos. Antes de la independencia todos estos templos, ricamente decorados, tenían candelabros, balaustradas, columnas, altares, etc., de plata maciza y otros adornos de oro. Estos dos metales estaban prodigados por todos lados con más profusión que gusto. Pero la fe no protege ya estas riquezas. Varios presidentes y jefes de partido, después de haber agotado en sus querellas el tesoro de la república, despojaron sin escrúpulo las iglesias. Las frontales de los altares, las columnas y candelabros fueron fundidos para pagar a los soldados y alimentar los vicios de los generales. Los adornos preciosos que han sido respetados están amenazados de seguir más tarde la misma suerte. Durante la última guerra, entre Orbegoso y Bermúdez, se trató la cuestión de quitar a las vírgenes sus perlas, sus diamantes, etc.

Arequipa tiene un hospital para enfermos, una casa de locos y otra para niños huérfanos. Esos tres hospicios están, en general, muy mal atendidos. Tendré, más adelante, ocasión de hablar de mi visita al hospital. Fui también a visitar a los niños huérfanos y no quedé muy satisfecha de los cuidados que se les prodigaba, como tampoco de los que eran objeto los enfermos. Daba pena ver a esas desgraciadas criaturas desnudas, flacas y en un estado deplorable. Se cree haber cumplido con los deberes de la caridad proporcionándoles algunos alimentos para sostener su débil existencia; pero, por lo demás, no se les da ninguna instrucción, no se les enseña ningún arte. De este modo, los que sobreviven se convierten en vagabundos, consecuencia necesaria de este abandono. El torno que sirve para introducir en el hospicio a estas infortunadas víctimas me parece bien imaginado. Es una caja en forma de cuna. Se deposita al niño en la abertura exterior sin que los depositantes puedan ser vistos

desde el interior del hospicio. De este modo se evita a la desgraciada madre, forzada a abandonar a su hijo, la obligación de revelarse, obligación que hace cometer muchos crímenes...
Las casas, construidas muy sólidamente con hermosas piedras blancas, no tienen sino un solo piso abovedado a causa de los temblores. Son en general espaciosas y cómodas. Tienen una gran puerta cochera en medio de la fachada. Todas las ventanas son enrejadas y sin vidrios. Las construcciones de la casa forman tres secciones: el salón, los dormitorios, los escritorios están en la primera; en la segunda, que es un jardín, está el comedor, una galería abierta apropiada al clima, la capilla, la lavandería y diversos oficios; la tercera sección, situada en el fondo, está ocupada por la cocina y el alojamiento de los esclavos. Las paredes de las casas tienen de 5 a 6 pies de espesor. Las piezas con techos en forma de bóveda son muy altas. Algunas de ellas solo tienen una tapicería de papel hasta la mitad de la altura; las paredes de las otras están completamente blanqueadas con cal.
Esas bóvedas hacen que los departamentos se asemejen a sótanos y la monotonía de su tono blanco cansa y entristece. Los muebles son pesados; las camas y las cómodas, de proporciones gigantescas; las sillas y las mesas parecen haber sido hechas para no moverse de su sitio; los espejos son de metal, los cortinajes, sin gusto. Desde hace algunos años, las alfombras inglesas se venden a precio tan bajo en el país que todo el mundo ha cubierto con ellas el piso de las habitaciones. Ninguna pieza está entablada.
Los arequipeños son muy aficionados a la buena mesa y, sin embargo, son poco hábiles para procurarse un placer. Su cocina es detestable. Los alimentos no son buenos y el arte culinario está aún en la barbarie. El valle de Arequipa es muy fértil, pero las legumbres son malas; las papas no son arenosas; las coles y las arvejas son duras y sin sabor; la carne no es jugosa; en fin, hasta las aves de corral tienen la carne cariácea y parecen sufrir la influencia volcánica. La mantequilla y el queso se traen desde lejos y jamás llegan frescos. Lo mismo sucede con la fruta y el pescado que vienen desde la costa; el aceite que se usa es rancio, mal purificado; el azúcar groseramente refinado; el pan mal hecho. En definitiva, nada es bueno.
Voy a decir cuál es su manera de alimentarse. Se desayuna a las nueve de la mañana. Esa comida se compone de arroz con cebollas (cocidas o crudas, ponen cebollas en todo), carnero asado, pero tan mal preparado que nunca se puede comer. Enseguida viene el chocolate.
A las tres se sirve una olla podrida (puchero es el nombre que se le da en el Perú), esta se compone de una mezcla confusa de diversos alimentos: carne de vaca, tocino y carnero hervidos con arroz, siete u ocho especies de legumbres y todas las frutas que les caen a la mano, como manzanas, peras, melocotones, ciruelas, uvas, etc. Un concierto de voces falsas o de instrumentos discordantes no sublevan la vista, el olfato y el gusto como lo hace esta bárbara amalgama. Vienen después camarones preparados con tomates, arroz, cebollas crudas y ají; carne con uvas, duraznos y azúcar; pescado con ají; ensalada con cebollas crudas y huevos con ají. Este último ingrediente lo emplean con profusión en todos sus guisos, junto con una cantidad de otras especerías. La boca queda cauterizada y para soportarlo el paladar debe haber perdido su sensibilidad. El agua es la bebida ordinaria. La comida se toma a las ocho de la noche y los guisos son de la misma calidad que los del almuerzo. Las conveniencias en el servicio y los usos de la mesa no se practican mejor que las armonías culinarias. Aún hoy, en muchas casas, no hay sino un vaso para todos los convidados. Los platos y cubiertos están sucios. La suciedad de los esclavos no es la única causa de ello. Para tales amos, tales criados. Los esclavos de los ingleses son muy limpios.
Es de buen tono hacer pasar en el extremo del tenedor un pedazo tomado de su plato a las personas a quienes se quiere hacer una cortesía. Los europeos se han rebelado de tal modo contra esta costumbre que ahora cae en desuso. Pero hace solo algunos años los pedazos de olla, de pescado, de alas de pollo, goteando salsa, circulaban alrededor de la mesa llevados por los esclavos en la punta de los tenedores.
Como todo es muy caro, las invitaciones a comer son poco frecuentes y han prevalecido las invitaciones a tertulias, en cuanto se introdujo esta moda. Todos los domingos, en casa de mi tío se daba una comida a los parientes, a la cual estaban invitados los amigos íntimos; por la noche se tomaba té, chocolate y bizcochos. Las únicas cosas que he encontrado buenas en Arequipa son los

bizcochos y las golosinas hechas por las religiosas. Gracias a mis numerosas relaciones nunca me faltaron durante mi estada allí, esto me permitía hacer muy buenas meriendas.
A los arequipeños les gusta toda clase de espectáculos. Acuden con igual complacencia a las representaciones teatrales que a las religiosas. La falta total de instrucción suscita esta necesidad y los convierte en espectadores fáciles de satisfacer. La sala de espectáculos, construida de madera, es tan mal hecha que no se está a cubierto de la lluvia. Demasiado pequeña para la población, a menudo no se puede encontrar sitio en ella. La compañía teatral era muy mala. Se componía de siete u ocho actores, hez de los teatros de Europa, reforzada en el país por dos o tres indios. Representaba toda clase de piezas, comedias, tragedias y óperas. Estropeaba a Lope de Vega y a Calderón. Destrozaba la música, como para dar ataques de nervios y todo esto en medio de los aplausos del público. Fui cuatro o cinco veces a este teatro. Se representaba una tragedia y noté que a falta de mantos los cómicos se envolvían en viejos chales de seda.
Las peleas de gallos, los bailarines de cuerda, las pruebas de los indios, todos estos espectáculos atraen a la multitud. Un acróbata francés con su esposa ganó en el Perú 30 mil pesos. […]

Durante la Semana Santa tienen lugar las grandes saturnales del catolicismo peruano. En todas las iglesias de Arequipa se eleva un enorme montículo de tierra y de piedras sobre el cual se plantan ramas de olivo para figurar el calvario con sus rocas y árboles. Sobre este monte ficticio se da el Viernes Santo la representación del suplicio de Jesús. Se le ve detenido, flagelado y crucificado con los dos ladrones. Es la historia de la Pasión sin omitir ningún detalle, pero a lo vivo. Todo acompañado de cantos y de recitaciones. Después viene la muerte de Cristo. Los cirios se apagan, reinan las tinieblas...
Las costumbres fáciles de este pueblo, hacinado en el templo, pueden hacer presumir lo que entonces sucede en los diferentes sitios de la iglesia... pero Dios es misericordioso y los sacerdotes, sus ministros, disponen de la absolución. El descendimiento de la cruz es la segunda parte. Una multitud confusa de hombres y mujeres de raza blanca, india y negra sitian al calvario lanzando gritos lastimeros. Pronto están entre sus manos los árboles desarraigados y las rocas levantadas del suelo. La sangre mana de las llagas de ese Cristo de cartón y hace redoblar los aullidos de la multitud. El pueblo, los sacerdotes, la cruz y las ramas de olivo, todo mezclado, forma un caos, un tumulto y una confusión espantosa que jamás imaginaría uno encontrar en un templo de cualquier religión. Y casi siempre, en aquellas escenas de desorden hay personas heridas más o menos gravemente.
Por la tarde se ve por las calles a los habitantes que van a hacer las estaciones a todas las iglesias. Al entrar rezan sus oraciones en alta voz. Los más celosos se prosternan de rodillas y besan el suelo; unos se dan golpes de pecho; estos se ponen andrajos en la cabeza; aquellos, con los pies descalzos, llevan la cruz sobre los hombros; otros cargan piedras y en cada caso ejecutan las extravagancias más insensatas, sugeridas a estas cabezas exaltadas por una devoción supersticiosa. No es en sus conciencias donde buscan su deber, sino en lo maravilloso de sus creencias. El medio para no creerse exento de las virtudes sociales es efectuar semejantes pruebas... Tales son los resultados obtenidos por las religiones que separan la fe de la caridad.
El día de Pascua se visita a todos los conocidos y la conversación no versa sino sobre las fiestas de la Semana Santa. […]

El domingo, durante la misa, los hombres permanecen de pie, hablan, se ríen o miran a las mujeres bonitas que están de rodillas por delante, semiocultas en sus mantillas. Las mismas mujeres son muy distraídas, jamás usan libro. Ya miran el vestido de su vecina o hablan con sus negras colocadas detrás de ellas. Se les ve a veces negligentemente reclinadas sobre su alfombra, dormir o conversar. Los sacerdotes que dicen la misa están siempre suciamente vestidos. Los pobres indios la ayudan con los pies descalzos y a medio vestir. La música en todas esas iglesias es algo espantosa. Dos violines y una especie de gaita acompañan el órgano. Estos instrumentos tan discordantes, así como los cantos, a menudo tan desentonados, que forman un conjunto imposible de oír durante un cuarto de hora sin sufrir una irritación de los nervios durante todo el día. En Europa las bellas artes cubren por lo menos

con un brillante barniz la insípida esterilidad de las ceremonias. Por lo demás, en el Perú no se frecuentan las iglesias sino como sitio de reunión.
El grado de civilización alcanzado por un pueblo se refleja en todo. Las diversiones del carnaval no son más decentes en Arequipa que las farsas y bufonadas de la Semana Santa.
Hay gentes que durante todo el año se ocupan en vaciar cáscaras de huevo para hacer negocio con ellas. Cuando llega el carnaval llenan esos cascarones con aguas de distintos colores: rosa, azul, verde, roja, y después pegan la abertura con cera. Las señoras se proveen de una canasta con esos huevos y vestidas de blanco se sientan en lo alto de sus casas y desde allí se divierten lanzándolos sobre las personas que pasan por la calle. Los transeúntes, ya sean de a pie o a caballo, están igualmente provistos de los mismos proyectiles y responden a sus agresoras. Mas, para hacer el juego más simpático, llenan a veces esos huevos con tinta, miel, aceite y hasta con cosas más asquerosas. Muchos individuos han tenido un ojo reventado en este combate de nuevo género. Me han mostrado a tres o cuatro a quienes les ha sucedido este accidente; pero a pesar de aquellos ejemplos, los arequipeños conservan por este juego un gusto que raya en furor. Las jóvenes hacen alarde de las numerosas manchas de sus vestidos y se muestran orgullosas de estas extrañas marcas de galantería. Los esclavos participan también en estas diversiones: se echan harina. Este modo de atacar es muy cómico y lo emplean muchas personas. Por la tarde asisten a bailes donde se ejecutan danzas aún más indecentes. Muchas personas lucen disfraces extraños, pero ningún vestido de carácter. Esas diversiones duran una semana. […]

La población de Arequipa, comprendiendo la de los arrabales, se eleva a 30 o 40 mil almas. Se puede considerar que se compone poco más o menos de una cuarta parte de blancos, otro tanto de negros o mestizos y la mitad de indios. En el Perú, como en toda la América, el origen europeo es el gran título de nobleza. En el lenguaje aristocrático del país se llama blancos a aquellos cuyos ascendientes no son indios ni negros. He visto a varias señoras que pasan por blancas, aunque su piel sea de color canela, porque su padre fue nativo de Andalucía o del reino de Valencia. La población libre forma, pues, tres clases, provenientes de tres razas muy distintas: europea, india y negra. En la última clase, bajo la denominación de gentes de color, se confunden los negros y los mestizos de las tres razas. En cuanto a los esclavos, a cualquier raza a que pertenezcan, la privación de la libertad establece entre ellos la igualdad en la desgracia.
Desde hace cuatro o cinco años se han operado grandes cambios en los usos y costumbres del Perú. La moda de París va tomando el cetro y no quedan sino algunas ricas y antiguas familias que se muestran rebeldes a su imperio: viejos árboles a los que la savia abandona y subsisten todavía, como los calabozos de la Inquisición, para indicar el punto del que se ha principiado. Las costumbres de las clases altas no difieren en nada de las de Europa. Hombres y mujeres están vestidos lo mismo que en París; las señoras siguen las modas con una exactitud escrupulosa, salvo que van con la cabeza descubierta y el uso les exige siempre ir de negro a la iglesia, con la mantilla y con toda la severidad del vestido español. Los bailes franceses substituyen el fandango, el bolero y las danzas del país reprobadas por la decencia. Las partituras de nuestras óperas se cantan en los salones y, en fin, se llega hasta a leer novelas. Dentro de algún tiempo ya no irán a misa sino cuando se les haga oír buena música. Las gentes acomodadas pasan el tiempo fumando, leyendo periódicos y jugando al faraón. Los hombres se arruinan en el juego y las mujeres con la *toilette*.
Los arequipeños tienen por lo general mucho espíritu natural, gran facilidad de palabra, memoria feliz, carácter alegre y maneras distinguidas. Son agradables para convivir con ellos y esencialmente apropiados para las intrigas. Las mujeres de Arequipa, así como las de Lima, me han parecido superiores a los hombres. No son tan bonitas como las limeñas, tienen otras costumbres y su carácter también es diferente. Su porte digno y orgulloso impone. A primera vista se podría suponer que son frías y desdeñosas; pero cuando se las conoce la fineza de su espíritu y la delicadeza de sus sentimientos, encajados en este grave exterior, realza su valor e impresiona más vivamente.
Son sedentarias, trabajadoras, no se parecen en absoluto a las limeñas a quienes la intriga o el placer atraen constantemente fuera de sus casas. Las señoras de Arequipa cosen sus vestidos ellas mismas y

lo hacen con una perfección que sorprendería a las mismas modistas. Bailan con gracia y decencia, les gusta mucho la música y la cultivan con éxito. Conozco a cuatro o cinco cuyas voces frescas y melodiosas serían admiradas en los salones de París.
El clima de Arequipa no es saludable. Las disenterías, las jaquecas, las afecciones nerviosas y, sobre todo, los catarros son muy frecuentes. Los habitantes tienen también la manía de creerse siempre enfermos. Es el pretexto dado para sus viajes perpetuos. La actividad de su imaginación, unida a la falta de instrucción, explica ese furor de movimiento. Solo cambiando de lugar pueden alimentar su pensamiento, tener nuevas ideas y experimentar otras emociones.
Las señoras, en especial, van y vienen a los pueblos de la costa, tales como Islay, Camaná y Arica donde toman baños de mar, o a las fuentes de aguas termales. Hay muchas de esas fuentes en las cercanías de Arequipa, sus propiedades curativas son muy renombradas. La de Yura opera curaciones maravillosas. El agua es verde y caliente hasta quemar. No hay nada más sucio ni más incómodo que los lugares de la costa y del interior a donde se dirige la buena sociedad para tomar baños. Sin embargo, todos son muy frecuentados y se gasta mucho dinero en vivir allí tres semanas.
Las mujeres de Arequipa aceptan con entusiasmo todas las ocasiones de viajar en cualquier dirección: Bolivia, Cuzco, Lima o Chile, y los gastos o las excesivas fatigas jamás son motivos para detenerlas. A este gusto por los viajes estaría yo tentada de atribuir las preferencias de las jóvenes por los extranjeros. Al casarse con un extranjero esperan conocer el país donde él nació: Francia, Inglaterra o Italia y realizar un viaje cuya ilusión ha sonreído desde mucho tiempo atrás a su imaginación. Esta perspectiva da a aquellas uniones un encanto muy particular cuando a menudo no lo tienen por sí mismas. Las ideas de viaje ponen a la lengua francesa de moda entre las señoras. Muchas la aprenden con la esperanza de necesitarla algún día y en espera de ello gozan de la lectura de algunas de nuestras mejores obras; al desarrollar su inteligencia soportan con menos tedio la monotonía que ofrece el país. Todos los hombres bien educados saben también el francés. […]

No hay coches en Arequipa. Antiguamente, los grandes personajes se hacían llevar cargados en sillas. Hay una en casa de mi tío que servía a mi abuela y de la cual se sirve él mismo cuando está enfermo. Se parece a las sillas de mano que había en Francia antes de la revolución. Todo el mundo va a caballo o en mula. Los asnos están destinados a llevar fardos a las montañas. Los indios emplean llamas para esto.
La llama es el animal de carga de la cordillera. En él se hacen los transportes y el indio lo utiliza para comerciar con los valles. Ese gracioso animal es muy interesante de estudiar. Es el único de los animales asociados al hombre al que este no ha logrado envilecer.
La llama no se deja golpear ni maltratar. Consiente en ser útil, pero a condición de que se le ruegue y no se le mande. Esos animales caminan en tropeles más o menos numerosos, conducidos por indios que van por delante de ellos, a una gran distancia. Si el tropel se siente cansado se detiene y el indio se detiene igualmente. Cuando la estación se prolonga, el indio, inquieto al ver descender el sol, se decide, después de haber tomado toda clase de precauciones, suplicar a sus bestias para que continúen el camino. Se pone a cincuenta o sesenta pasos del grupo, adopta una actitud humilde, hace con la mano un gesto de los más acariciadores a sus llamas, les dirige miradas tiernas y al mismo tiempo grita con voz dulce y con una paciencia que no podía cansarme de admirar: *ic, ic, ic, ic*. Si las llamas están dispuestas a ponerse en camino, siguen al indio en buen orden, con paso igual y van muy ligero, pues sus patas son muy largas; pero si están de mal humor no vuelven la cabeza hacia el lado de la voz que las llama con tanto amor y paciencia. Permanecen inmóviles, ya apretadas las unas contra las otras, ya echadas mirando el cielo con miradas tan tiernas, tan melancólicas, que se creería verdaderamente que estas admirables criaturas tienen conciencia de otra vida. Su largo cuello, que llevan con graciosa majestad, las largas sedas de su pelaje siempre limpias y brillantes, sus movimientos flexibles y tímidos dan a esos animales una expresión de nobleza y sensibilidad que inspira respeto. Es preciso que sea así, pues las llamas son los únicos animales al servicio del hombre a los que este no se atreve a golpear.

Si sucede (cosa muy rara) que un indio en su cólera quiere exigir por la fuerza o aun por la amenaza lo que su llama no quiere hacer voluntariamente, y si el animal se siente maltratado con las palabras o con los gestos, levanta la cabeza con dignidad, no intenta huir y para escapar a los malos tratos (la llama nunca está atada o entrabada) se echa en el suelo, dirige sus miradas al cielo, gruesas lágrimas caen en abundancia de sus hermosos ojos, se escapan suspiros de su pecho y expira en el espacio de media hora o a lo más de tres cuartos de hora.
¡Felices criaturas! ¡Parecen no haber aceptado la vida sino con la condición de que esta sea dulce!
Como estos animales ofrecen el único medio de comunicación con los indios de la sierra son de gran importancia comercial. Pero, estaría uno tentado de creer que la reverencia casi supersticiosa de la que son objeto no proviene únicamente del sentimiento de su utilidad. He visto a veces a treinta o cuarenta interceptar el paso en una de las calles más frecuentadas de la ciudad. Los transeúntes que llegaban cerca de ellos los contemplaban con timidez y volvían atrás. Un día entró una veintena de ellos al patio de nuestra casa y permanecieron seis horas.
El indio se desesperaba y nuestros esclavos no podían hacer el servicio.
Pero no importa, se soportó la incomodidad causada por estos animales sin que nadie pensara en dirigirles una mirada de disgusto. Por fin, los mismos niños que nada respetan, no osan tocar a las llamas. Cuando los indios quieren cargarlas dos de ellos se aproximan al animal, lo acarician y le cubren la cabeza a fin de que no vea que se le pone un fardo sobre el lomo. Si lo percibiera caería muerta. Es necesario proceder de igual modo al descargarlas. Si el fardo excede cierto peso, el animal se arroja inmediatamente al suelo y muere. Esos animales son de una gran sobriedad: un puñado de maíz basta para hacerlos vivir tres o cuatro días. Son con todo muy fuertes y viven mucho tiempo. Un indio me afirmó que tenía uno de 34 años. Ningún otro hombre sino el indio de las cordilleras tendría suficiente paciencia y dulzura para utilizar a las llamas. Es sin duda de este extraordinario compañero dado por la Providencia al indígena del Perú que este ha aprendido a morir cuando se exige de él más de lo que quiere hacer.
Esta fuerza moral, tan rara en nuestra especie y que nos hace escapar por la muerte a la opresión, es muy común entre los indios del Perú. […]

Durante la estada de M. de Sartiges en Arequipa llegó de Lima uno de mis primos políticos, el hombre más original que he encontrado en mi vida: Althaus, de quien ya he hablado. Desde la primera entrevista nos hicimos amigos. Althaus es alemán, pero habla francés a la perfección, pues ha pasado en Francia gran parte de su vida. A partir de aquel momento no tuve ya tiempo de reposo. Su conversación me gustaba mucho, encontraba tantas ocasiones de instruirme que aproveché de sus disposiciones de bohemio para entablar con él interminables charlas. Como su esposa, sus hijos y criados estaban con mi tío en Camaná venía a comer conmigo donde mi prima, de suerte que no nos separábamos. Althaus tiene una manera de hablar de las personas y de las cosas muy especial en él. En español, que habla muy bien, así como en francés, encuentra palabras que describen y caracterizan y se citan enseguida como proverbios. Estuvo en todos nuestros paseos con M. de Sartiges y todo cuanto me decía respecto a este hombre-mujer era digno de nota.
—En resumen, me decía un día, veo, mi querida Flora, que desde hace quince años que dejé Francia, la juventud de su país no ha mejorado. En mi tiempo he visto a jóvenes de la edad de M. de Sartiges que ya tenían dos charreteras y se habían encontrado en mil lances. Jóvenes fuertes y robustos que resistían el frío y el calor, el hambre y la sed y toda especie de fatigas. ¡Esos eran hombres! Pero alfeñiques como su vizconde a quien se tomaría por una marquesita disfrazada, le pregunto ¿de qué utilidad pueden ser a su país? Sin duda es simpático, pero ¿acaso con muñecas de esta naturaleza piensan ustedes hacer avanzar la civilización?
—Althaus, usted no aprecia sino la fuerza física.
—Es porque la fuerza física arrastra siempre consigo la fuerza moral. Ciertamente, no encontrará usted en una frágil apariencia de mujercilla un César, un Pedro el Grande o un Napoleón.
—Hay que creer, primo, que los hábitos de la juventud son muy fuertes, pues su buen sentido natural y sus conocimientos científicos no han podido desarraigar en usted los gustos del soldado.

—Prima, es usted encantadora, cuando se rebela contra los soldados. Pero dígame ¿qué espera de la juventud francesa? ¿Hará ella algo que pueda acercarse a las grandes cosas efectuadas por los soldados del Imperio?
Se puede juzgar por estas pocas palabras el carácter de mi primo Althaus. El hombre ha desaparecido dentro de su profesión. Soldado, ante todo, encarna por completo al oficial de fortuna de Walter Scott. Dentro de algunos años ese tipo no se encontrará más en Europa. […]

Al llegar a Lima, Althaus se presentó al jefe del gobierno y sin más recomendación que su buena presencia y su paso marcial fue recibido con distinción y empleado según sus deseos. Acostumbrado a las proporciones gigantescas de las guerras del Imperio, Althaus no hubiese podido imaginar que se pensaba entrar en campaña con un ejército menor de 50 mil hombres. Se sintió completamente desilusionado cuando se le dijo que el cuerpo del ejército, cuyo mando se le confiaba, se componía de ochocientos hombres. Cuando vio a los soldados peruanos mal equipados, sin ninguna noción de táctica ni de disciplina militar, cobardes y casi sin ninguna de las virtudes del guerrero, el pobre Althaus quedó petrificado y creyó que se burlaban de él. El desgraciado se sintió tentado de abandonar América y acudir a los campos de Grecia donde tenía noticias de que había guerra entre la cruz y la media luna. Pero Althaus aborrece el mar. Había sufrido mucho en el viaje que acababa de hacer y la inmensa distancia que separa el país de los helenos del de los incas le hizo temer que no llegaría sino para ser testigo del final de la lucha. Se resignó, pues, a quedarse en el Perú. Reflexionó que en este país nuevo sus talentos de ingeniero podían emplearse de mil maneras; propuso al gobierno levantar el plano topográfico del territorio y encargarse de todos los trabajos de esta clase que se juzgara conveniente emprender. Su propuesta fue aceptada. Quedó en el ejército peruano en calidad de coronel de ingeniería, fue nombrado ingeniero y geógrafo en jefe de la República y encargado de la ejecución del mapa del Perú.
Se le asignaron 600 pesos al mes (3 mil francos) fuera de sus gastos de viaje. Tuvo dos ayudantes agregados a su persona, como jefe de la ingeniería militar, y dos ayudantes geógrafos para los trabajos topográficos. Hacía catorce años que Althaus vivía en el Perú. Se había encontrado en todos los combates sin haber recibido jamás la menor herida en ninguno de ellos. En 1825 vino a Arequipa en el séquito de Bolívar y se alojó en casa de mi tío Pío a quien conocía mucho. Conoció a mi prima Manuela de Flores, hija de una hermana de mi padre, se enamoró de ella, se hizo amar de la joven y venciendo una ligera oposición la obtuvo de mi tío, tutor de Manuela que era huérfana.
Althaus se casó con mi prima en 1826. Tenían, cuando estuve en el Perú, tres hijos: dos hombres y una mujer.
Althaus tiene todas las virtudes que honran al hombre y, al mismo tiempo, defectos aparentemente inconciliables con sus cualidades y que deben atribuirse al largo ejercicio de su profesión. Se acusa a mi primo de ser duro. Se le reprocha la severidad de sus exigencias y el rigor de los castigos que impone a sus soldados y subordinados.
Estoy muy lejos de excusar semejantes defectos, pero haré notar, sin embargo, que a un veterano de los ejércitos de Alemania le sería preciso ser más que un ángel para no ser duro y hasta violento al mandar a los peruanos; sería de desear, para el progreso de la civilización, que el Perú tuviese hombres del temple de Althaus a la cabeza de todos los servicios públicos. Amable con todo el mundo, a mi primo le agrada prestar servicios y los ha prestado hasta a sus enemigos. Es caritativo con los pobres, generoso con todos los que lo rodean, buen padre, buen esposo, aunque a veces un poco brusco e idólatra de sus hijos. Muy laborioso, tiene una gran paciencia para sus investigaciones, estudios y trabajos de toda índole. Posee una rara inteligencia, conocimientos profundos y casi universales. Su espíritu es sardónico en exceso. La franqueza y la extravagancia de sus expresiones sobrepasan todo cuanto se podría decir. Se ríe de todo, ve siempre el lado chistoso, coge el ridículo de las cosas y de las personas con tanta precisión y lo manifiesta con tanta libertad que los más valientes se estremecen.
[…]

Althaus evitaba con cuidado hablarme del motivo de mi viaje y a este respecto dejaba la decisión a don Pío quien, como resultado de una larga costumbre, trataba todos los negocios de la familia. Mi tío había administrado durante cuarenta años la fortuna de mi abuela y a raíz de la rendición de cuentas y de los arreglos de la sucesión, Althaus, militar franco, poco versado en materia de intereses y teniendo que hacer frente a un hombre de la fuerza de mi tío, no obtuvo la mejor parte. Fue perjudicado en todo. Se quejaba, entre otras cosas, de que todas las buenas tierras de Camaná se encontraban dentro del lote de mi tío, mientras las malas habían sido dejadas en las partes de Manuela y de la hija de mi prima Carmen.

De Camaná mi tío había ido a Islay para tomar baños de mar. Me pareció evidente que afectaba demostrar que no me temía al diferir con diversos pretextos su regreso a Arequipa. Desde hacía tres meses vivía en su casa y lo esperaba. Por fin me anunció su salida de Islay y me invitó a ir a su encuentro, si esto me convenía, hasta su casa de campo donde pensaba detenerse.

Iba, pues, a ver a este tío en quien se cifraban ahora todas mis esperanzas, al hombre que debía todo a mi padre, su educación, su ascenso y, por consiguiente, sus éxitos en el mundo. ¿Qué acogida iba a dispensarme? ¿Qué sensación experimentaría a su vista? A este pensamiento mi corazón latía con violencia. En mi juventud quise yo tanto a este tío a quien mi imaginación me representaba como un segundo padre y sufrí tanto cuando mi madre me dijo: "Tu tío te ha abandonado", que nunca pensaba en él sin sentir la más viva emoción.

El 3 de enero, hacia las cuatro de la tarde, monté acaballo acompañada de mi querido primo Manuel, de Althaus, del bueno de M. Viollier, mis tres íntimos, y seguida de una multitud de otras personas, quienes venían más bien para satisfacer su curiosidad que por interés por mí o atención hacia don Pío de Tristán. Nos dirigimos a la hermosa casa de campo que mi tío llama simplemente su chacra. Está situada a legua y media de la ciudad. Cuando nos acercamos, Manuel y Althaus se adelantaron para anunciarme. Poco después vi a un jinete que venía a toda velocidad. Exclamé, ¡mi tío! Lancé mi caballo y en un instante me encontré a su lado. Lo que sentí entonces no podría expresarlo sino imperfectamente con las palabras. Tomé su mano y apretándola con cariño le dije:

—¡Oh, tío! ¡Qué necesidad tengo de su cariño!...

—¡Hija mía!, lo tiene por completo. La quiero como a mi hija. Usted es mi hermana, pues su padre me sirvió de padre. ¡Ah!, mi querida sobrina, qué feliz soy de verla, de contemplar las facciones que me recuerdan tan fielmente las de mi pobre hermano. Es él, él, mi hermano, mi querido Mariano, en la persona de Florita. Me atrajo hacia sí, incliné mi cabeza sobre su pecho con riesgo de caer del caballo y permanecí así mucho tiempo. Me levanté bañada en lágrimas, logré recuperar mi calma y fui por delante con mi tío sin hablar. Al entrar en el patio, mi tía, que es también mi prima porque es hermana de Manuela, vino hacia mí, y me acogió graciosamente; pero en el fondo de ella adiviné una gran sequedad de alma. Abracé a sus hijos: tres mujeres y un varón. Los cuatro me parecieron muy fríos. En cuanto a mi prima Manuela no fue lo mismo. Se echó en mis brazos, me abrazó con ternura y con los ojos llenos de lágrimas y con voz emocionada me dijo:

—¡Ah, prima mía! ¡Cuánto he deseado conocerla! Desde que tuve noticia de su existencia la quiero, admiro su valor y deploro sus sufrimientos.

Nos quedamos cerca de dos horas en este sitio de campo. Me paseaba por el jardín con mi tío. No podía cansarme de oírlo. Hablaba el francés con una pureza y una gracia encantadoras. Estaba encantada de su espíritu y su amabilidad me fascinaba.

A las siete nos pusimos en camino hacia Arequipa. Mi tío subió en su hermosa y fogosa yegua chilena. La habilidad y gracia con que la conducía denotaban que su educación ecuestre había tenido lugar en Andalucía. Esta vez también estuve a la cabeza de la numerosa caballada. Mi tío, a mi derecha, no cesaba de conversarme de la manera más amistosa.

Al llegar a la casa encontramos a mi prima Carmen ocupada en hacer los honores, en el gran salón, a los numerosos visitantes que habían venido para recibir a don Pío y a su familia. Mi prima hizo preparar una comida soberbia. Mi tía invitó a todas las personas presentes.

Algunos aceptaron; otros se quedaron a conversar o fumar. Permanecí mucho rato con mi tío. Su conversación tenía para mí un atractivo irresistible. Fue necesario, sin embargo, retirarse y aunque

era tarde lo dejé con pesar. Estaba encantada y gozando de la dicha de encontrarme cerca de él, no me atrevía a reflexionar en lo que debía esperar, por completo subyugada por el encanto que esparcía en torno a mí.